

APROXIMACIÓN A LA CRISIS ACTUAL DEL CAPITALISMO: SU ORIGEN Y SUS DIMENSIONES

Documento de trabajo – Encuentro organizado por Zamarraco Ediciones – 30/1/2016

José Antonio Zamora

Las crisis han formado parte de la dinámica del sistema capitalista desde sus orígenes y se repiten con una cierta regularidad. Habitualmente se distingue entre crisis coyunturales de ciclo corto y crisis estructurales, que, según la teoría de los ciclos largos de Kondratiev, se producen cada 40 o 60 años, en las que las contradicciones sistémicas son mucho más agudas y producen convulsiones más graves. Podríamos decir que dichas crisis llevan asociadas una conciencia o una más clara conciencia de que las perturbaciones y alteraciones no son meramente coyunturales ni pueden solucionarse con ciertos ajustes, sino que exigen un cambio profundo de las relaciones sociales. En este sentido la teoría marxista del colapso tematizaba la relación entre crisis y superación del capitalismo. Sin embargo, dicha teoría no sobrevivió a los acontecimientos de la II Guerra Mundial y al “milagro” económico de la postguerra. La teoría de la regulación sustituía entonces el colapso del sistema por el reemplazo de un modo de regulación por otro, manteniendo el carácter cíclico sin recurrir a la tesis de un capitalismo con fecha de caducidad. En esta línea las crisis posteriores han sido interpretadas como momentos en los que se produce un “saneamiento” de los desajustes del capital, a los que tarde o temprano se encuentra una solución, por eso se vuelve prioritario controlar y mitigar sus efectos más terribles por medio de políticas de acompañamiento. Si nos preguntamos por la salida de las crisis, en la teoría de los ciclos largos se atribuía a las innovaciones tecnológicas de hondo calado la capacidad para iniciar un nuevo ciclo una vez destruidas las sobrecapacidades y restablecidas unas nuevas relaciones entre el capital financiero, la fuerza de trabajo y el capital fijo. Esta expectativa tuvo su referente más reciente tras la crisis del fordismo en la llamada “nueva economía” (microelectrónica, información, conocimiento, servicios, tecnologías ecológicas).

Por más que cuando pensamos en la crisis y hablamos de ella lo que tenemos en mente son ante todo las perturbaciones y desajustes del sistema y el ciclo económico de producción, circulación, distribución y consumo de bienes y servicios, ese ciclo, al que pertenece un número ingente de actividades y relaciones, no podría funcionar sin otras muchas relaciones sociales que no poseen un carácter meramente económico, desde las relaciones con la naturaleza como soporte de la vida humana sobre el planeta a la actividad científica, pasando por la política, el derecho, las relaciones interpersonales, la religión o el arte. Estas formas de relación y actividad social poseen una relativa autonomía y, en el capitalismo, son al mismo tiempo dependientes del funcionamiento del ciclo económico. Si la autonomía relativa permite que en ciertos momentos actúen como suavizadoras de dinámicas de crisis, su dependencia hace que en otros momentos sean arrastradas por dichas dinámicas e incluso las refuercen en situaciones de agudización de las contradicciones. Las relaciones entre esas formas de relación y actividad social son siempre conflictivas. Unas veces se compensan y suavizan mutuamente, otras veces entran en contradicción entre sí y otras son arrastradas en una

dinámica de escalada de la crisis. Pensemos por un momento en las tensiones provocadas por la relación de refuerzo de la crisis energética, la crisis ecológica y el estancamiento de la economía. Las dinámicas de las diferentes formas de relación y actividad social pueden sufrir desplazamientos, adoptar ritmos diversos y evoluciones asincrónicas. Y esto no en virtud de una especie de automatismo mecanicista, sino como resultado de procesos históricos conflictivos y de relaciones de dominación que se reproducen con el concurso de todos los miembros de la sociedad. Pero, por esa misma razón, las dinámicas de crisis pueden confluír, reforzarse y acelerarse. Esto es lo que parece estar ocurriendo en este momento. Todo parece indicar que estamos ante una *crisis múltiple* o ante la *conjunción de varias crisis*: crisis de acumulación en una economía fuertemente financiarizada, crisis social y ecológica, crisis de reproducción y crisis política. Pero, ¿cómo calificar esta crisis estructural? ¿Estamos ante una crisis del modelo neoliberal, que según la “teoría de la regulación” sustituyó la formación social, política y económica que se ha conocido como Fordismo? ¿O estamos ante una crisis más profunda que puede llevar a un colapso del sistema capitalista mismo?

Según la teoría de la regulación, las diferentes fases del capitalismo no siguen de modo lineal unas a otras, sino que son resultado de procesos históricos de “búsqueda” de soluciones a las crisis, así como de las confrontaciones y luchas sociales. Por ello es necesario analizar el conjunto de relaciones sociales como algo contradictorio en sí, que se constituye tanto a causa de ese carácter contradictorio, como a pesar de él, estableciendo en cada momento un tipo específico de estructuras y reglas. Precisamente por esto las relaciones sociales conducen a una desestabilización del precario equilibrio que ellas mismas han establecido, a un agotamiento de las posibilidades de solución propias de un régimen de acumulación o modo de regulación específico y, finalmente, a la crisis. En todo esto es necesario atender no sólo a las leyes que rigen el movimiento del capital en general, sino también a su conformación histórica concreta, mediada por la correlación de fuerzas sociales. Esta visión subraya pues la significación de las relaciones políticas, ideológicas y culturales para la reproducción de las relaciones de dominación capitalista. El modo de producción capitalista sólo puede entenderse integrado en formaciones sociales estructuradas de modo específico.

Los elementos de la formación neoliberal capitalista han sido, entre otros, el predominio de la ideología de la desregulación, liberalización y privatización, que pretende dejar libres a las fuerzas del mercado y eleva la competitividad a principio supremo, la creación de mercados de capitales y financieros a escala global, el desarrollo de redes de producción transnacional, nuevas formas de trabajo basadas en las nuevas tecnologías, la extensión e intensificación de la penetración capitalista de la sociedad, la mercantilización y configuración tecnológica de amplias áreas del trabajo, de la cotidianidad, del medio ambiente y, finalmente, del cuerpo y el psiquismo de los individuos, la reestructuración del Estado del Bienestar en un Estado competitivo, la reorganización de las relaciones de clase y de género, así como la fragmentación de la sociedad. En todo este proceso, la incorporación de los grupos sociales más importantes a un compromiso de clases en el ‘nuevo centro’ (con la consiguiente marginación de los grupos más débiles) ha permitido que la hegemonía del neoliberalismo se apoye en una amplia base social.

Sin embargo, no faltan quienes se atreven a calificar esta teoría del nuevo modo de regulación neoliberal del capitalismo de insuficiente. Según estos críticos ninguna coalición de grupos sociales ha conseguido ofrecer una forma de regulación alternativa al régimen de acumulación fordista todavía en curso. No han podido canalizarse ni controlarse las tendencias a la crisis, ni tampoco reconciliar las contradicciones de modo congruente con el sistema. En este sentido, la situación actual habría que verla como la prolongación de la crisis del fordismo, cuyos mecanismos de regulación se han erosionado, sin que hayan podido establecerse otros nuevos. Como prueba de esta visión se apela al fracaso del bloque neoliberal, a las prolongadas crisis financieras, a la pervivencia de diferentes modelos de organización del trabajo, a la falta de unidad de los intentos de regulación, a la ausencia de claridad sobre el nivel primario de regulación (nacional, supranacional, global), a la escasa rentabilidad y al escaso crecimiento de la economía. Estos fenómenos indicarían que seguimos encontrándonos en una fase de transición.

Para poder decidir sobre estas dos interpretaciones del proceso vivido en las últimas tres décadas, habría que tener en cuenta también las relaciones sociales cuyas formas de regulación imprimen su sello a una determinada fase de la evolución social. ¿Cuál es la relación central en este momento, la del capital productivo y el capital financiero, la de capital y trabajo o la del capital comercial y el capital productivo? ¿Existe en cada régimen de acumulación una forma estructural dominante en torno a la cual se organiza un modo de regulación omniabarcante? ¿Cuál sería hoy? Tampoco aquí hay unidad. Mientras que unos siguen atribuyendo a la relación capital-trabajo un carácter central, otros consideran que ese carácter lo posee ahora la relación entre el capital productivo y el financiero, trasladando a los desajustes producidos en esta relación buena parte de la responsabilidad de la actual crisis. Tampoco está claro cuándo podemos decir que existe una cierta coherencia entre el régimen de acumulación y la forma de regulación. ¿Es cuando puede garantizarse de modo global la elevación estructural de la rentabilidad del capital y puede asegurarse así su reproducción o es suficiente un gobierno “razonable” de la crisis, la construcción de una jerarquía de índices de beneficio y la externalización de las tendencias a la crisis que asegure la rentabilidad del capital en los centros de las metrópolis? ¿Cuándo podemos considerar que un bloque social es hegemónico y coherente en sí mismo? ¿Qué papel juegan los antagonismos de clase y otras contradicciones en torno a las categorías de género, etnia, nación, etc.?

Podamos o no responder con claridad a estas cuestiones, está claro que para entender lo que está pasando tenemos que analizar el proceso que nos ha llevado hasta aquí. La puesta en práctica del programa neoliberal ha llevado a una destrucción de la sociedad del trabajo asalariado que encontró cumplimiento bajo las condiciones ofrecidas por el Fordismo en la primera mitad del siglo XX. Las transformaciones del modelo empresarial y el progresivo debilitamiento de los logros del Estado social han conducido a una gran transformación del sistema laboral y de la estructura de clases de la sociedad industrial (empresario, cuellos blancos, cuellos azules). Una de las consecuencias más significativas ha sido la generación de una economía dividida, en la que el sector de las relaciones laborales normalizadas es sometido de modo creciente a la presión por un ámbito laboral sin demasiada protección y marginalizado (donde se incorpora la mayoría de la población inmigrante). Pero no se ha quedado en esta generación de una “subclase” de constitución reciente conocida como “working poor”, sino que también

se han producido pérdidas de ingresos y empeoramiento en el régimen de trabajo y en el estatus social, que poco a poco van incluyendo a la mayoría de los asalariados. Esto ha generado una creciente inseguridad y apatía política que ha venido siendo la tónica general tanto en los conflictos sociales, como en el distanciamiento respecto de los partidos y las instituciones democráticas.

De modo general quizás pueda afirmarse que con la desarticulación y reducción del poder de las sociedades civiles incapaces de mediar entre los flujos de poder global y las identidades aisladas, las instituciones sociales y políticas tradicionales de carácter representativo han dejado de servir de marco a la construcción de la identidad. El problema no es tanto que la identidad se haya convertido en la modernidad en un proyecto reflejo, del que el propio individuo es responsable, o que el marco postradicional y la pluralización de los mundos de vida, la separación entre ámbitos públicos y privados, la fragmentación del espacio social y los roles asociados, la provisionalidad de los vínculos y las pertenencias, etc. conviertan dicha construcción en una empresa difícil y arriesgada. El problema es la polarización a la que se ve abocada dicha construcción entre un nuevo individualismo en la “era de vacío” y la movilización de las identidades étnicas, nacionalistas o religiosas de carácter más o menos fundamentalista, cuando no a una combinación incoherente de lo uno y lo otro.

¿Qué posibilidades existen en este horizonte de que surja un sujeto colectivo capaz de protagonismo histórico y acción revolucionaria, de un sujeto no identificado ya con una clase social ni con un pueblo ni con una nación ni con una masa? ¿Tienen capacidad los nuevos movimientos sociales —ecologismo, feminismo, pacifismo, solidaridad con el Tercer Mundo, derechos humanos, etc.— de escapar a la disyuntiva entre el mundo de la instrumentalidad y el de la identidad, entre el mercado mundial y el integrismo cultural o el individualismo hedonista? ¿Su carácter dualista les permitirá presentar sus reivindicaciones no sólo ante las instituciones políticas convencionales, sino también ante la sociedad civil, problematizando los modelos culturales, las identidades, las normas y las mismas instituciones sociales y políticas? Ni está escrito en los astros si esta crisis va a llevar a un final del capitalismo neoliberal financiarizado y a su sustitución por otra formación capitalista, ni tampoco si la crisis puede empujar hacia la creación de un nuevo sistema económico no capitalista. Mientras no ocurre lo uno o lo otro, analicemos las dimensiones de la crisis.

1. Crisis de acumulación del capitalismo financiarizado.

Lo primero que se nombra cuando se habla de la crisis actual son los mercados financieros y el escándalo de las hipotecas “subprime”. Ciertamente la tendencia a la financiarización del capitalismo ha sido determinante en el modelo neoliberal y tiene una enorme implicación en la actual crisis. Las “subprime” son la expresión terrible de un intento de dar solución al colapso de la especulación en torno a la “Nueva Economía” en la primera década del siglo por medio de una bajada de los tipos de interés y de la presión fiscal, de innovaciones de ingeniería financiera y concesión irresponsable de créditos e hipotecas. Pero la crisis no es sólo una crisis de los mercados financieros. Lo se ha hecho evidente es la incapacidad del modelo neoliberal para evitar la tendencia a la sobreacumulación de capital, a las burbujas y las crisis en los mercados financieros, pero también para impedir la sobreproducción y la debilitación de la demanda. En realidad, desde la crisis de los años 70 el capitalismo global se ha visto confrontado con un

problema de sobreacumulación, un excedente de capital y trabajo, que no ha podido solucionar. La capacidad de absorber los excedentes de producción y sobreacumulación por medio de una demanda favorecida por un crecimiento continuo de los salarios tocó techo después de dos décadas de crecimiento ininterrumpido en los años 70. Ahí está el origen de la crisis del capitalismo fordista de postguerra, que se manifestó en la construcción de excesos de capacidad, en las debilidades de la demanda y de la acumulación en el sector industrial, así como de un agotamiento de la acumulación intensiva (acumulación por medio de la conjunción de una producción en masa basada en el crecimiento de la productividad y el consumo de masas, que fue acompañada con una profunda transformación de los estilos de vida de los asalariados en los países desarrollados).

La dificultad para que las expectativas puestas en la “nueva economía” se cumplieran en un nuevo impulso de acumulación intensiva proviene de que las nuevas tecnologías han establecido unos estándares de productividad y racionalización que disminuyen considerablemente la necesidad de fuerza de trabajo. El estándar de productividad microelectrónica ha llevado por primera vez a una insuficiente producción de valor. En realidad el problema sigue siendo el mismo que provocó la progresiva sustitución del aprovechamiento real del capital en la economía productiva por una economía insustancial del endeudamiento y las burbujas financieras. Los enormes beneficios empresariales de la fase anterior, que no encontraban suficientes oportunidades de inversión dada una limitación estructural de la demanda, se desplazaron hacia la especulación financiera. Si la acumulación acelerada en el sector financiero podría considerarse como una consecuencia del debilitamiento de la acumulación en el sector industrial, es cierto que también ha contribuido a reforzar ese debilitamiento. Del mismo modo que el debilitamiento de los beneficios “reales” ha conducido al estallido de las burbujas financieras puramente especulativas.

Así pues, las dos estrategias para dar salida a los “capitales excedentes” que no encontraban revalorización suficiente en los centros del desarrollo capitalista han sido: (A) bien buscar su valorización en otros territorios e intensificar en lo posible valorización en los centros o (B) adquirir la forma de activos financieros que consiguieran mayor rentabilidad fuera de la producción.

(A) Lo primero sólo permite una revalorización transitoria gracias a una mayor explotación de la fuerza de trabajo en lugares que se ofrecen a la inversión exterior en esas condiciones. El efecto es una desvalorización del trabajo manual y una revalorización del trabajo intelectual, asociadas a la división internacional del trabajo y a una atribución asimétrica del valor, algo que tiende progresivamente a igualarse, bien porque en las periferias aumenta la cualificación de la fuerza de trabajo, bien porque en los centros se busca la disminución del precio de la fuerza de trabajo intelectual (proceso Bolonia). Los aumentos de productividad, en la medida que llevan asociados una reducción de la masa de valor representada por la fuerza de trabajo, no producen una elevación proporcional de la tasa de plusvalía. De ahí la estrategia neoliberal de acoso al factor trabajo (transformaciones del mercado de trabajo, reducción de los salarios reales, concentración de capital y precarización de la reproducción de la fuerza de trabajo), lo que no hace más que reforzar la tendencia manifestada en la crisis de los setenta a la desinversión y la generación de una masa mayor de capitales excedentes. Los intentos de

compensar esta tendencia por medio de la exacerbación del consumo y el aumento artificial de la obsolescencia de los productos, del acortamiento de la vida media del capital fijo, de propiciar el endeudamiento desproporcionado de los asalariados, de diversificar el consumo de las capas de población con alto poder adquisitivo y la expansión del gasto militar, etc. no han conseguido evitar la *crisis de la valorización del capital*. Lo cual no debe hacer olvidar, sin embargo, que el fracaso de estas estrategias no es la única fuente de deslegitimación de las mismas. Su realización ha supuesto un aumento exacerbado de la explotación de la naturaleza, de la intensidad de la penetración de la forma mercancía en todos los ámbitos sociales y humanos y una creciente desproporción entre el funcionamiento de la economía y las necesidades de reproducción de la vida humana de todos los individuos.

(B) Otra forma de hacer frente a la caída de la tasa de ganancia fue huir hacia la esfera financiera, lo que ha sido interpretado como una “segunda fase de financiarización universal”: liberalización de los tipos de interés y de los sistemas bancarios y monetarios, la creación de mercados de obligaciones para financiar los déficit públicos, la aparición de los paraísos fiscales como centros financieros internacionales, el desarrollo de productos derivados financieros, las políticas de tipos de interés cambiantes, centralización del ahorro y desarrollo de los fondos de inversión, crecimiento del mercado hipotecario, financiación de la deuda pública a través de los mercados financieros, derivación de la renta hacia los mercados financieros,... Todo esto ha conducido a la creación de una ingente masa de “capital ficticio”. La expansión exponencial de los derivados en los mercados financieros ha creado una gigantesca pirámide invertida de cadenas de financiarización de riesgos apoyadas sobre una base incomparablemente menor de economía productiva (20 veces el PBM en 2008) y con un carácter claramente especulativo.

Es decir, la forma como el modelo neoliberal abordó la crisis del fordismo está en la raíz de la actual crisis. Por un lado, se pensaba en un crecimiento impulsado por la financiarización, por otro lado, se seguía esperando la aparición de nuevas estructuras reales de producción capaces de reimpulsar la acumulación intensiva, por más que ambas cosas jueguen a la contra. También se pensaba que las coyunturas globales de déficit, mantenidas artificialmente por las burbujas financieras, incluyendo el despegue de los países asiáticos con sus flujos unidireccionales de exportación, lo harían viable. Ahora se culpa a los “excesos” en los mercados financieros cuando en realidad lo que estos han hecho es retardar durante más de dos décadas el shock de la depreciación y producido una apariencia de acumulación exitosa. Lo que esta estrategia ha conseguido es volver a descargar el crecimiento insustancial sobre el Estado, que con sus paquetes de medidas de salvación preparaba el nuevo golpe de depreciación del dinero. Lo que se suele ocultar en la crítica de los mercados financieros es que la burbuja de la deuda, que los malabaristas de las finanzas han aprovechado para sus fines propios, era en realidad un componente sistémico del capitalismo neoliberal. Los defensores de la “economía real” frente a la economía especulativa de las finanzas olvidan que la evolución en esta dirección proviene precisamente de los problemas que se originaron en la “economía real”. La burbuja financiera no ha sido una evolución errónea, que debería haberse evitado, sino el fundamento de la “economía real” en la etapa neoliberal. La desregulación de los mercados financieros impuesta a finales de los años 80 es la que ha propiciado, con la desaparición de los controles políticos, la creación de espa-

cios libres de regulación jurídica que los especuladores han aprovechado para sus acciones criminales. Una evolución, por cierto, que ha supuesto un desplazamiento fundamental de la relación de fuerzas sociales a favor del capital y una dramática transformación del reparto de ingresos, un empobrecimiento de grandes sectores de población y una enorme polarización social.

Los países dominados por un capitalismo de Estado, sobre todo China, parecen en principio menos afectados por la crisis, pero tampoco ellos podrán sustraerse a largo plazo a la corriente de recesión global que amenaza a toda la economía. Aunque las consecuencias de la crisis financiera todavía no sean completamente predecibles, el colapso de capitalismo neoliberal apoyado en un endeudamiento gigantesco va a llevar con toda probabilidad a una depresión económica de larga duración y de alcance global. También es probable que la tendencia a la fusión entre el gran capital y el Estado, que pese a todos los grandes eslóganes neoliberales no ha dejado de profundizarse, más que aumentar la capacidad de control político de los procesos económicos, siga estando al servicio de garantizar al capital sus beneficios al precio de inmensos costes sociales y ecológicos. Sin embargo, para garantizar esa evolución no parece necesario recurrir hoy, como sucedió en la crisis de los años 30, a modelos fascistas y autoritarios de Estado. Es posible hacerlo en el marco de estructuras liberal-democráticas degradadas a pura formalidad. Esto es lo que Robert Seer llama con cierto énfasis “Fascismo financiero”.

Los cantos de sirena de una nueva regulación de los mercados, entonado por aquellos que hasta hace poco cantaban las excelencias de la libertad de mercado, pueden resultar falaces, pues una vez que se ha impuesto el monopolio financiero y una cantidad enorme de capital ficticio, creado a base de especulación y endeudamiento, domina el terreno de juego, no es posible sin más recuperar el predominio de la economía productiva al que muchos hoy apelan con buena intención. Los Estados altamente endeudados y los ciudadanos, no menos endeudados, tendrían para ello que seguir comprando más valor depreciado e intentar sacarse de la ciénaga, como Münchhausen, tirando de su propia cabellera. Lo tenemos a vista. La gestión estatal de la crisis está desencadenando nuevas dinámicas de crisis. El rescate por parte de los Estados de los mercados financieros y de los sectores industriales afectados por la depreciación del capital ha desplazado y ampliado las tendencias a la crisis a los Estados, que se ven ahogados por una explosión de deuda que ha de ser financiada ahora por los mercados rescatados por ellos. La amenaza de una quiebra de algunos de los Estados miembro de la UE se ha convertido en un factor de riesgo para el conjunto de sistema. En este contexto aumenta la confrontación entre los intereses de los distintos Estados y de los diferentes sectores sociales, también las contradicciones entre las políticas sociales, ecológicas, laborales, por un lado, y las exigencias de “los mercados”, por otro. No es posible saber con antelación si la gestión estatal de la crisis conseguirá restablecer la dinámica de acumulación bajo el predominio del capital financiero, si logrará estabilizaciones pasajeras y precarias desplazando los procesos de crisis o si asistiremos a un proceso de tercermundialización planetaria. En todo caso, esta constelación va a propiciar un conjunto de luchas sociales y de confrontaciones focalizadas en las diferentes grietas abiertas por la crisis y que pueden orientarse contra el proyecto neoliberal hasta ahora vigente.

2. Crisis energético-ecológica.

Como hemos dicho más arriba la gravedad de la crisis actual proviene en gran medida de que se trata de una combinación de crisis o de una *crisis múltiple*. Por eso es necesario referirse también a la crisis climática, ecológica y energética. En la crisis climática tiene una enorme importancia la revolución industrial, pero ha sufrido un agravamiento espectacular durante la etapa fordista. El productivismo al que obliga el imperativo de crecimiento capitalista parece incompatible con los límites naturales del planeta. La conciencia de las amenazas que el cambio climático arroja sobre el conjunto de la humanidad, especialmente sobre los más pobres, se topa con la aparente inexorabilidad los imperativos sistémicos del capitalismo ciegos frente a esos límites (las Cumbres sobre el clima no hacen sino visualizar ese choque). A esto se une la actual crisis alimentaria. Ésta ha sido precedida de una transformación capitalista de la agricultura que ha desplazado la agricultura tradicional por medio de la agroindustria, imponiendo los monocultivos orientados a la exportación y destruyendo las bases naturales de subsistencia de millones de personas del tercer mundo. Esto ha aumentado los flujos migratorios hacia las mega-ciudades en esos países, con enormes problemas de abastecimiento, salubridad, contaminación, saturación circulatoria, mega-chabolismo, etc. A esto se ha unido una particular burbuja especulativa que afecta a productos agrícolas básicos para la alimentación de los más pobres a causa de la crisis energética. El aprovechamiento de los cereales para producción de biodiesel ha tenido dos efectos perversos: que una parte de la producción se destine a la producción de combustibles demandados por los llamados mercados emergentes y que el aumento del precio de los cereales los vuelva inasequibles para las poblaciones que más dependen de ellos para su subsistencia. Según la FAO, el hambre ha llegado a afectar a 1.020 millones de personas en el mundo. Parece como si la vida de millones de seres humanos no pesara en la balanza tanto como la necesidad de mantener el crecimiento económico a pesar de la cada vez más evidente crisis energética. Las resistencias a una transición energética están conduciendo a un aumento de valor geoestratégico de las reservas energéticas y a una escalada de los conflictos militares originados por el aseguramiento de su control. Si con el fordismo se produjo una revolución de las formas de vida y de consumo que tuvo como efecto una sobreexplotación de los recursos y una contaminación creciente, la globalización neoliberal ha hecho crecer todavía más el consumo de recursos y las emisiones contaminantes. De nuevo aquí podemos remitirnos a la crisis energética de los años 70, en la que se hicieron patentes los problemas del calentamiento climático, los peligros de la energía atómica y la dependencia del petróleo. El modelo neoliberal no sólo no ha dado respuesta a estos problemas, sino que los ha intensificado extendiendo a otras regiones la industrialización capitalista (de los combustibles fósiles) y promoviendo nuevas formas de “acumulación por expropiación” privatizando las reservas naturales y la biodiversidad. La promesa neoliberal de resolver económica y técnicamente la crisis ecológica ha conducido a un modelo de gerencia global del medio ambiente más centrada en controlar los riesgos y los costes asociados para las poblaciones de los países más desarrollados (y más contaminantes), que en combatir las causas y apostar decididamente por alternativas. La gerencia de la crisis se ha convertido así en un factor más de la dinámica de la crisis misma. Todo parece indicar que estamos ante un círculo vicioso en el que la crisis energética, la crisis climática, la crisis ecológica y la crisis alimentaria se retroalimentan mutuamente.

3. Crisis de la reproducción social

Otro ámbito en el que se hace sentir la crisis es el de la reproducción social de las relaciones entre lo laboral y lo privado, de las relaciones de género, de los desarrollos urbanos, de los sistemas educativos y los cuidados sanitarios. Esta crisis es producida de manera significativa por los efectos directos e indirectos de una precarización creciente de las relaciones laborales y las condiciones de vida, de una privatización y reorganización orientada al mercado de ámbitos organizados hasta ahora de manera pública, así como de una infrafinanciación y erosión de servicios públicos, políticas sociales e infraestructuras públicas. Los efectos de la reorganización empresarial bajo la presión de los mercados globales altamente competitivos y dirigidos a satisfacer las exigencias insaciables de inversores anónimos (Shareholder Value) se hacen sentir entre los empleados en forma de una extrema competitividad interna y una reestructuración permanente de la organización del trabajo que genera un estrés rayano en lo insostenible (caso de los suicidios de empleados de France Telecom), pérdida progresiva de ingresos y capacidad adquisitiva de los asalariados, recorte de prestaciones sociales, flexibilización y ampliación de la jornada laboral. Esto está produciendo quiebras importantes en los proyectos de vida no sólo de los extremadamente precarizados o expulsados del mercado laboral, en las existencias marginalizadas, sino también en amplias capas de las clases medias, que se ven sometidas de manera creciente a una inseguridad existencial y a una amenaza de empobrecimiento (incluso con empleo), a limitaciones sustantivas en la planificación de sus trayectorias vitales, a enfermedades originadas por la carga de estrés, etc.

Por otro lado, la crisis de endeudamiento de los Estados está conduciendo a un conjunto de recortes que vuelve a descargar sobre las familias y sobre los afectados los trabajos de asistencia y cuidado. Los trabajos no remunerados de reproducción, tradicionalmente desempeñados por las mujeres, se encuentran ahora con una mayor incorporación de la mujer al mercado de trabajo remunerado, lo que tiene como efecto una multiplicación de la carga que ésta tiene que soportar, la aparición de huecos e insuficiencias en los cuidados de niños, ancianos, enfermos, etc. o la creación de un inframercado de cuidadores escasamente remunerados (frecuentemente inmigrantes), solución que sólo pueden permitirse familias a partir de unos ingresos suficientes. En este último caso no conviene olvidar que la creación de una cadena transnacional de asistencia produce una crisis global de cuidados que precariza las condiciones de vida de mujeres, niños y ancianos en el tercer mundo. Estas tendencias se ven agudizadas por la propensión a una creciente capitalización privada de los sectores reproductivos de la atención sanitaria, del cuidado de ancianos y de la educación, que está agudizando los procesos de dualización social, entre servicios semiprivatizados para ciudadanos con un cierto nivel de ingresos y ausencia de servicios o servicios infrafinanciados y precarizados para el resto. También la educación viene sufriendo un proceso similar por imperativo de la exigencia de reformar las instituciones educativas y convertirlas en “empresas del conocimiento” dentro de un mercado supuestamente abierto, orientadas sobre todo a producir recursos humanos rentabilizables económicamente. El “conocimiento” y los servicios vinculados a él (enseñanza, consultoría, entretenimiento) son identificados como los medios de producción más importantes en una sociedad definida por el discurso dominante como “sociedad del conocimiento”. Estos cambios en el sistema educativo resultan ser congruentes con la transformación del sistema de

empleo y de los “vínculos sociales”, caracterizados por una creciente individualización y pluralización de los estilos de vida y orientaciones para la acción bajo un nuevo lema: jactúa de modo empresarial! La competitividad somete al “yo empresario” al dictado de una permanente optimización de sí mismo, por más que ningún esfuerzo en este sentido sea capaz de desterrar el miedo al fracaso que atrapa su alma.

4. Crisis de la política en los sistemas liberal-parlamentarios.

La pérdida de credibilidad de las élites políticas se ha vuelto un tópico omnipresente en los medios de comunicación y suele ir asociada a los escándalos de corrupción o a la supuesta incompetencia a la hora de abordar los problemas que verdaderamente preocupan a la ciudadanía. Se habla de una pérdida de confianza en la clase política. Pero esta forma de tematizar la crisis de las democracias parlamentarias como insuficiente capacidad de liderazgo de la élite política recorta el análisis del problema a una cuestión de mediación y comunicación. La respuesta a la desafección de la ciudadanía es entonces: “necesitamos explicarnos mejor”, comunicar mejor lo que hacemos, porque no llega con claridad a la ciudadanía. O también: “hay que apartar de la política a los corruptos”, unos pocos ensucian la imagen general de los políticos. Pero el problema es que el triunfo de la modelo neoliberal ha supuesto una entronización del poder del capital que ha producido un desequilibrio creciente de las relaciones de poder y una transformación del Estado. Sin necesidad de eliminar las instituciones democráticas y manteniendo formalmente el funcionamiento de los procedimientos, los procesos de toma de decisiones se desdemocratizan. La transformación de los Estados de derecho en “Estados competitivos” ha supuesto una refuncionalización de los mismos, a veces enmascarada como un retraimiento o reducción de competencias e intervenciones, en el sentido de focalizar sus políticas en la mejora de las condiciones de inversión exigidas por los mercados, de cara a favorecer la capacidad de competitividad de determinados sectores de la economía nacional o internacional, aunque para ello haya que sacrificar la integración social, estable y justa, de los asalariados. Esto ha producido una profunda crisis de la representación política. Los parlamentos nacionales y los partidos políticos han visto debilitada su capacidad de decisión con el respaldo de la ciudadanía, que se traslada a gremios informales, comités de expertos, instituciones internacionales con escasísimo control democrático, redes transnacionales paraestatales, etc. Los esquemas tradiciones de diferenciación entre políticas de derechas y de izquierdas pierden su vigencia porque la constitución de alianzas y la definición de estrategias entre sectores de la sociedad y de la política se han vuelto extremadamente flexibles y variables. Los partidos cambian de destinatarios de sus mensajes y movilizan recursos financieros y políticos a veces contradictorios en función de estrategias electorales puramente coyunturales. Las políticas neoliberales han sido aplicadas en los países desarrollados desde los años 80 por corrientes políticas de orientación opuesta, lo que ha devaluado la confrontación política a mero espectáculo mediático alejado de las estrategias reales de gobierno. Este debilitamiento y crisis de la representación no ha supuesto un empoderamiento de la ciudadanía, sino más bien un aumento de la prepotencia de los sectores que representan los intereses del capital, que ven crecer su capacidad de imponer sus condiciones y exigencias sin resistencias significativas. Pero la fragilidad de los consensos más o menos impuestos con la colaboración del aparato político-mediático permite la creciente aparición de grietas por las que emergen formas de protesta y organización política menos domesticada e

institucionalmente menos controlable. Negar esto sería sucumbir a un negativismo ciego, pero tampoco conviene olvidar que por esas grietas también emergen formas autoritarias, sexistas, xenófobas y, a veces, violentas de organización de la protesta.

5. ¿El sistema capitalista ante un callejón sin salida?

Aunque resulta muy difícil determinar si este sistema económico posee todavía la capacidad de una cierta recomposición y de mantenerse un tiempo más y, por tanto, de si asistimos o no a los inicios de la crisis que producirá una transformación radical, los teóricos más críticos señalan que el capitalismo se enfrenta a límites internos y externos que difícilmente pueden ser afrontados sin una superación de las formas económico-sociales que lo definen como sistema. Desde que en otoño de 2008 la crisis de las “subprime” puso a los mercados financieros globales al borde del colapso, la coyuntura mundial sólo ha conseguido estabilizarse de modo puntual y fugaz. Es cierto que los gobiernos y los bancos centrales han conseguido inicialmente conjurar el amenazante colapso global de la economía gracias a la estatización de urgencia de los créditos “podridos” y los agujeros de las inversiones fallidas (vía rescate bancario) y el crecimiento masivo del endeudamiento de los Estados (es decir, de la masa de los ciudadanos), endeudamiento que es torticeramente movilizado por sus beneficiarios contra quienes los han rescatado y soportan con recortes la depreciación de los “activos” de todos, pero muy especialmente de una minoría especuladora. Sin embargo, con estas medidas probablemente no han hecho más que preparar el próximo golpe de la crisis de dimensiones aún mayores. Ahora lo que amenaza con llevar la economía mundial al abismo es el estallido de la deuda estatal.

El intento de querer ver en el origen de esta crisis determinados excesos particulares o una supuesta perversión de la, al margen de esos excesos, triunfante y exitosa economía de mercado, desconoce que el desbocamiento de los mercados financieros, la especulación, el endeudamiento de los Estados o sea lo que sea que se presente en el caos de las opiniones como causa del mal actual, no es en realidad más que un síntoma de un proceso de crisis más profunda. No nos enfrentamos a algún tipo de desviación que se pueda rectificar con un par de correcciones, más bien son los fundamentos mismos del sistema capitalista los que se están desintegrando. Si los límites internos de la revalorización del capital en el modo de regulación fordista-keynesiano, agudizados por la tercera revolución industrial, fueron los que empujaron a las élites económicas y políticas a propiciar una *financiarización* de la economía, es decir, a la creación de un sofisticado y complejísimo aparato de *precapitalización* de una futura producción de valor, algo que pareció permitir una *autonomización* del capital financiero frente a la economía real y resolver los problemas de sobreacumulación, dicha *autonomización* es la que preparó el estallido actual.

La respuesta neoliberal a la crisis del Fordismo ha tenido un recorrido mucho más corto de lo que esperaban aquellos que se apresuraron a anunciar el “fin de la historia”. Sin embargo, la pretensión de recoger velas y volver a fórmulas neo-keynesianas pasa por alto que fueron los límites de ese modo de regulación los que abrieron la puerta a las políticas neoliberales. Lo mismo que en la segunda mitad de los años 70, cuando el programa keynesiano ya no funcionaba, los intentos actuales de los Estados para evitar la destrucción de capital y favorecer su recomposición por medio de la adquisición de títulos de propiedad financieros privados se han convertido en realidad en el sustituto

de la acumulación privada de capital que vive sus horas más bajas. La expansión explosiva del capital ficticio sólo ha conseguido disimular durante tres décadas la crisis que afectaba a los fundamentos de la revalorización del capital. Ni los defensores de un plan estricto de ahorro y recorte del gasto, ni los defensores de abrir más las compuertas del dinero para estimular el crecimiento parecen querer ver que es el marco de referencia de esa conocida disputa entre (neo) liberales y (neo) keynesianos lo que se descompone. Es preciso recordar que, desde mediados de los 70, también el mantenimiento de la producción mundial de riqueza (sobre todo en las grandes economías exportadoras) sólo ha sido posible gracias a un desorbitado endeudamiento tanto privado como de los Estados, es decir, a una operación gigantesca de absorción de valor futuro ficticio, que ahora los deudores no pueden reembolsar. La fabulosa pirámide de capital ficticio levantada en los últimos 30 años amenaza con derrumbarse y volverse como un bumerán contra los campeones mundiales de la producción (tradicionales y emergentes), que miran para otro lado y acusan de derrochadores e irresponsables a los que hasta ahora han sido consumidores gracias entre otras cosas al endeudamiento de buena parte de su producción.

La política real anda atrapada en una disyuntiva sin salida. Si se impone una política de reducción drástica del endeudamiento estatal, esto no significaría -como algunos proclaman- un retorno a una sólida economía de mercado o a una economía "real" sana, sino una contracción brutal de la producción de riqueza al reducido nivel actual de la producción real de valor. A nadie se le oculta que dicha contracción iría acompañada de tensiones sociales sin precedentes que hacen probable la imposición de unas formas de gobierno autoritario o cuasi autoritario justificadas por el estado de excepción, independientemente de que se conserven o no formas democráticas vaciadas de contenido. Si triunfa la política de seguir inyectando dinero y engrosando el endeudamiento de los Estados, es posible que se siga retardando el colapso, pero no por mucho tiempo, dado que la dinámica interna de la industria financiera también ha llegado a límites difícilmente franqueables, como ha mostrado el *crash* de 2008. Pero sobre todo porque la esperada recuperación económica no depende tanto del crédito disponible o el nivel de los intereses, cuanto de las expectativas de beneficio de los empresarios. Además, una política monetaria "expansiva" seguiría yendo de la mano de un rígido ahorro estatal con efectos destructivos sobre los sistemas sociales y las infraestructuras estatales, ahorro que también esta política se sigue considerando necesario para restaurar la confianza de los mercados financieros. Ahora bien, si comparamos las posibilidades de ahorro por medio de recortes (sin contar su ineficacia en un período de recesión) y la gigantesca pirámide de deuda privada y estatal (la conversión de la primera en la segunda es la operación que está en marcha en estos momentos), parece evidente que existe una desproporción insalvable. Como en el cuento del rey desnudo, la desnudez que todo el mundo ve y nadie se atreve a nombrar es que la deuda nunca será pagada.

Los límites de las políticas anticrisis hegemónicas se derivan, si no de un límite interno infranqueable de la lógica de la acumulación capitalista, sí cuando menos de su creciente inestabilidad y fragilidad. Además dichas políticas también se enfrentan a otros límites externos no menos relevantes si tenemos en cuenta sus efectos sobre la realidad natural, social, política y cultural. La coacción al productivismo y al crecimiento ilimitado y sostenido (que no sostenible) choca con los límites del ecosistema y los

signos amenazantes de dicho choque se han convertido en algo más que meros augurios negativos de los que eficazmente el sistema difamaba acusándolos de catastrofistas profesionales. Recuperación sería volver por la senda del crecimiento, es decir, de la agudización de la crisis ecológica. Sin contar una amenaza todavía mayor: la del pico del petróleo y la crisis energética que ese pico muy previsiblemente desencadenará. También la expansión de la lógica de la mercancía y el intento de capitalización de todos los ámbitos de la vida social e individual genera una precarización y *vulnerabilización* masiva de las condiciones de existencia, no sólo en los países empobrecidos, sino de modo creciente en los países “ricos” (*miserabilización* de los jóvenes, los ancianos, los parados mayores, los hogares monoparentales, etc., desmonte y reducción de las políticas públicas,...), lo que pone en peligro la misma reproducción social. La relativa autonomía de los Estados y la política, su doble misión de garantizar y reproducir las condiciones jurídico-institucionales del sistema económico, pero también de garantizar la libertad y la igualdad, al menos formales, que pueden trascender esas condiciones, se va volviendo crecientemente inviable (aunque ciertamente no por primera vez en la historia del sistema). El capitalismo en esta fase no puede mantenerse sin anular o vaciar de contenido real los procedimientos democráticos y esto no puede sostenerse en el tiempo sin represión política y violencia policial. Por último, quizás sea en el ámbito de la cultura donde la penetración de la forma mercantil (sociedad de conocimiento, industria cultural, industria del tiempo “libre”) está siendo más profunda y, por otro lado, donde es menos percibida. Pero la penetración mercantil del universo simbólico y el sometimiento de la cultura a la lógica del capital tienen efectos antropológicos devastadores y pueden socavar los fundamentos morales y simbólicos que el funcionamiento del sistema presupone, pero no puede producir por sí mismo.

Ante este panorama, nada está decidido de antemano. No existe una salida inscrita en la dinámica histórica o en la lógica económica, ni siquiera la seguridad de una salida. Como afirma A. Jappe, si algo hay programado en la dinámica del sistema capitalista es la catástrofe, no la emancipación; esa dinámica no conduce por sí misma al socialismo, sino a las ruinas. Por tanto, se hace preciso examinar las amenazas que están tomando cuerpo en medio de la crisis y los procesos que apuntan hacia una exacerbación de las contradicciones y sus efectos catastróficos bajo formas de gobierno autoritarias y represivas, así como considerar los procesos y las realidades que apuntan hacia una superación o transformación radical del sistema, o que al menos están cumpliendo la función de biotopos en los que se crean las condiciones de posibilidad de una alternativa. A la vista de la historia del sistema capitalista, esperar que una gran crisis se convierta por sí misma en partera de procesos emancipadores sería ingenuo e irresponsable. Por más que los límites internos y externos que el sistema capitalista encuentra en su carrera expansiva establecen no sólo la conveniencia, sino también la exigencia de una superación de la forma capitalista de producción y socialización, está por ver de qué manera se produce dicha superación y cuáles son las nuevas formas de organización de la producción y la reproducción social.